

LA VOZ DE LA CARIDAD.

NUM. 45.—15 de Enero de 1872.

*Dios es caridad. (San Juan
Epíst. I, 4, 8.)*

EN NOMBRE DE LOS POBRES QUE TIENEN FRIO, A.....

D. R. Ll. Al mismo pobre muy necesitado y muy digno que habia recibido la ropa, le dimos los 28 rs. Sintió que no estuviera usted aquí, porque queria ir á darle las gracias. Ya le llegarán, le digimos, y pronto; no están lejos de los pobres sino los que miran con indiferencia sus dolores, y no es de este número el favorecedor.

Los H. de la C. de V. La que tantos recuerdan y sienten y ustedes lloran, les ha dejado un gran vacío en el corazon. VV. comprenden que de ningun modo puede llenarse mejor que con buenas obras, que las lágrimas que se derraman son menos amargas cuando se mezclan á las que se enjugan, y que consolando se recibe consuelo. Para VV. le pedimos á Dios, y con nosotros, tantos como le han recibido con los 1000 rs. de su bendita limosna. Amparar al desvalido en nombre de los que amamos, es como prolongar su vida, porque no ha muerto el que hace bien y es amado. Cuando no podemos escuchar ya la voz querida, no hay ninguna tan dulce como la del dolor consolado que bendice su memoria.

SIN LUZ.

El dolor es una caverna cuyas profundidades no conocemos, porque es raro que al asomarnos á ella no nos haga retroceder la pena, el terror ó el egoismo. Es raro que ni de los dolores del cuerpo ni de los del alma tengamos idea exacta mientras somos meros espectadores; hasta que la mano de la desgracia no nos obliga á tomar parte activa en el terrible drama, ignoramos de él mucho, porque tratándose de infortunios, *saber es sufrir* ó haber sufrido.

Presumimos saber algo ó saber bastante del dolor que no hemos sentido; le propinamos consuelos, acusamos sus violencias ó sus de-

bilidades, condenamos su culpable insistencia; y cuando la misma herida que intentábamos curar, hace sangrar nuestro corazón, comprendemos lo vano de nuestros juicios, y cuán insensatas debieron parecer al doliente nuestras pretendidas razones. Mas de una mortificación evitaríamos á los desventurados, mas de una falta á nosotros mismos, si nos reconociéramos incompetentes para juzgar dolores que no hemos sentido.

Es muy raro que el hombre adivine y compadezca bien, sin haber padecido mucho; la adivinación es el genio, tan raro en el mundo moral como en el de la ciencia ó del arte. ¿Sabremos cómo se sufre de los dolores del alma, cuando ni aun imaginamos lo que pueden mortificar las privaciones materiales? Si no miramos á los miserables con indiferencia; si sentimos sus males y procuramos su consuelo; hacemos mentalmente la lista de las mortificaciones á que los condena su triste suerte; pensamos en que tienen hambre, en que tienen frío, en que carecen de cama y de aire salubre que respirar en el reducido albergue en que se hallan apiñados; pensamos en algunas otras cosas, y nos parece haber hecho con toda exactitud el inventario de las privaciones del desvalido.

Una noche de invierno tenemos que ir á ver á un pobre, nuestro favorecido; urge que sepa lo que tenemos que decirle: llegamos con dificultad á su mísera vivienda, y nos encontramos con que él y su numerosa familia carecen de luz. Vamos á decir: ¿cómo están Vds. á oscuras? Mas la primera sílaba espira en nuestros labios; la realidad acaba de hacernos una de sus terribles revelaciones; la luz, aunque pocos, cuesta algunos cuartos. ¿Cómo los emplearán en alumbrarse los que carecen de pan? En aquella casa hay dos, tres, diez viviendas á oscuras también; otras están alumbradas: sus dueños son sin duda menos infelices; no nos había ocurrido este medio de graduar la última miseria.

Cuando nos inunda la luz reflejada por los espejos, ó gradúamos la de la lámpara brillante con pantallas mas ó menos diáfanas, no pensamos que hay centenares, miles de criaturas, muy cerca de nosotros, que cesan de ver cuando el sol cesa de alumbrar, que tienen en el invierno catorce horas de noche, y que hallan en las tinieblas el lúgubre compañero de sus dolores.

Así como no nos ocurría contar entre los males de la miseria la oscuridad, tampoco podemos imaginarnos lo que hará sufrir, lo que puede depravar cuando de auxiliar del sueño se convierte en mortificación de la vigilia. No hay niño, como no sea en los primeros meses, mas que tenga buen alimento, buena salud y buena cama, que pueda dormir catorce horas; los miserables hambrientos, con

dura cama, faltos muchas veces de salud, apenas salen de la infancia, y muchas veces aun en ella, tienen el sueño tan ligero como pesada les es la carga de la vida. Por pocas horas viene este amigo de los tristes á derramar sobre su existencia el consolador olvido, y á reparar sus fuerzas para la lucha que trae consigo el nuevo día. Los miserables pasan la mayor parte de las noches de invierno sin dormir y sin ver, y ¡Dios sabe cómo aparecerán los hombres y las cosas en las tinieblas, tan propias para engendrar tristezas acres, y fantasmas y mónstruos! ¡Dios sabe cómo recordará el hambriento el tentador escaparate; el desnudo, las pieles del que de él se apartó cuidadosamente; el descalzo, el coche que le salpicó de lodo! En la oscuridad los dolores se dilatan como las pupilas; crecen y se amargan y se multiplican unos por otros, cuando del mundo exterior no les viene ninguna distraccion, cuando la falta de luz parece ponerlos á cubierto de santas y consoladoras influencias, y facilita los estragos del despecho, del odio, de la desesperacion, como los atentados de los malhechores.

Aquella mujer liviana, aquella madre desnaturalizada, aquel criminal feroz, ¡quién sabe si fecundaron el germen de sus malas inclinaciones, cuando á oscuras en las largas noches de invierno vieron aumentarse en las tinieblas las dificultades del bien y los encantos del mal! ¡Quién sabe si las veladas con luz, y algun trabajo en que ocuparse, y alguna lectura entretenida é instructiva con que distraerse, cambiarían el órden de las ideas, y apagarían la fermentacion de peligrosos cálculos! ¡Quién sabe hasta qué punto los dolores acres pueden hacer germinar la semilla de los malos ejemplos, disminuir el horror al crimen, escitar risa de feroz desden ante la idea de soportar como castigo en lo futuro, una condicion poco ó nada mas dura que la presente! ¡Quién sabe la perversion que puede sufrir el sér moral, cuando una y otra y otra noche los ojos están privados de luz y de sueño, y cómo la oscuridad de la estancia se comunicará á la conciencia, y las razones que hallará para desconocer todos los deberes sociales, el que tan pocos bienes recibe de la sociedad!

¡Que la imágen de esas criaturas hacinadas en reducidas é insalubres viviendas, afligiéndose y depravándose á oscuras, se refleje en aquella hermosa parte de nuestro corazon, donde se comprenden y se sienten los dolores de nuestros hermanos! ¡Qué pensemos en sacar al miserable de la oscuridad durante las largas noches de invierno! ¡Que utilicemos las veladas para instruirle y para consolarle! ¡Que en vez de dejar acumularse sus iras y sus errores, los desvanecemos cada noche ahuyentándolos con la verdad y la conmiseracion! ¡Que con la llama de la caridad comuniquemos luz á sus

ojos y á su alma, calor á su corazon, respeto á las cosas santas, y resignacion para sus dolores, viendo que todos son compadecidos y algunos son consolados!

Si con el amor no penetramos en la morada del miserable, tal vez con el odio penetre en la nuestra, y cuando preguntemos: *¿Quién es ese hombre que nos acomete en la oscuridad?* podrán respondernos: *El niño que habeis dejado depravarse en las tinieblas.*

Concepcion Arenal.

HAZ BIEN, Y NO MIRES A QUIEN.

¡Hermosa máxima!

Inspirada en aquellos santos preceptos del Evangelio que nos encargan *No hacer á otros lo que no quisiéramos para nosotros*, base de toda justicia, y *Volver bien por mal*, base de caridad cristiana, el no mirar á *quién* viene á ser el complemento de esa santa doctrina, que llega hasta nosotros popularizada en forma de uno de los concisos refranes de que tan rico es nuestro idioma.

No mires á quién; es decir, sea compatriota ó extranjero, conocido ó desconocido, simpático ó repugnante, y sobre todo amigo ó enemigo, si está necesitado y podemos favorecerle, debemos hacerlo, atendiendo á su desgracia y no á su persona.

Si esta máxima fuese siempre norma de conducta para todos los hombres, la sociedad sufriría la mas hermosa trasformacion que puede desear el soñador mas utopista. Hacer bien todo el que puede hacerlo, y hacerlo sin distincion de amigos ó enemigos, supondria en la vida privada el ejercicio de casi todas las virtudes, y en la vida social de los pueblos equivaldría á la abolicion de las guerras, de los odios y de las revoluciones, que hoy los tienen tan hondamente perturbados.

Pero con ser tan elevada esta máxima, todavía hay gentes que sin combatirla, porque eso sería insensato ó imposible, la desnaturalizan y hacen en cierto modo infecunda, por indiscrecion, por error, ó por exceso en el modo de aplicarla. Tomando literalmente el consejo de no mirar á *quién* se hace el bien, una generosidad poco meditada y una caridad mal entendida derraman á veces sus dones, sin que los verdaderos indigentes recojan el provecho que debieran producirles.

Es conveniente, pues, dirigir los buenos sentimientos de la caridad como todas las inclinaciones del corazon humano. Bueno es hacer bien en cualquier situacion y forma que se haga, porque desde

luego se consigue fecundar esos mismos sentimientos; pero si nos limitamos á arrojar la limosna y el socorro sin observar quién la recoge, sucederá que el mérito de esta obra generosa por parte del donador no guardará proporcion con la cuantía de la pobreza socorrida ó con la intensidad del infortunio consolado.

Apliquemos este principio á hechos prácticos que están al alcance de todos.

Cuando un soberano celebra los dias faustos de la nacion ó de su familia particular, y los pueblos solemnizan las festividades religiosas, los sucesos políticos ó los recuerdos de su historia dignos de conmemorarse, es ya loable costumbre, que en el presupuesto de los regocijos públicos se comprenda el reparto de limosnas.

Muere una persona rica, y queriendo dejar recuerdos gratos para su nombre y oraciones agradecidas para su eterno descanso, consigna entre las mandas de su testamento alguna partida importante destinada á limosnas, confiando su ejecucion á los albaceas.

Finalmente, no es extraordinario ni nuevo el que personas opulentas, sin esperar á la muerte, hagan donativos cuantiosos, bien por espíritu espontáneo de laudable caridad, bien por deseo de hacer en vida ostentosos alardes de su riqueza, y aun alguna vez por acallar escrúpulos de una conciencia poco tranquila.

Pues bien, en estos y otros muchos casos, parece que hay cierta impaciencia por dar, y se da á lo primero que se presenta á la vista, á los hospitales, á las casas de beneficencia, á las autoridades populares, y aun á veces al público mendicante, es decir, á todo el que llega á la puerta donde tales donativos se reparten.

¿Es esto prudente? ¿Se hace así bien la caridad? No.

En primer lugar, los establecimientos públicos de beneficencia dependen generalmente de la Diputacion provincial ó del Ayuntamiento; tienen su presupuesto cubierto, como que va embebido en el de estas corporaciones; y salvo el caso de que ese presupuesto no llene todas las necesidades, lo cual sería un abuso, lo que sucede al dar á un hospital cien camas ó á un hospicio mil reales, es que se regalan estos efectos ó este dinero al fondo provincial ó municipal, que no es fondo de pobres, pues eso menos tendrá que facilitar al establecimiento.

Reconocemos sin embargo en esto dos excepciones. La primera es la de los establecimientos que, aunque públicos, dependen principal ó exclusivamente de las limosnas, porque entonces estas llenan perfectamente su objeto. La segunda es excepcion de actualidad: consiste en el estado precario que hoy tienen casi todos los establecimientos, á causa de la escasez de recursos de las corporaciones

oficiales, por lo cual en el dia puede ser de utilidad directa lo que se les dé; pero esto es una situacion transitoria que debe desaparecer, y nosotros hablamos para tiempos ordinarios.

En ellos vemos tambien que el alcalde que decomisa panes faltos de peso, el que apuesta una cantidad por amor propio y no por deseo de ganancia, el que recibe una fortuna inesperada y quiere dar aguiñaldo de ella á los pobres, suelen decir como expresion gráfica de su caridad: «Esto para el hospital, lo otro para la casa de beneficencia.»

¡Cuánto mas benéfico sería, sin embargo, aplicar tales donativos á los pobres que viven y gimen aislados en sus miserables y olvidadas boardillas! Allí no suele haber cama para dormir, ni comida asegurada, ni ropa dispuesta, como tiene el hospiciano ó el enfermo del hospital; allí se carece de todo; pero como no hay en la puerta un rótulo que lo anuncie, la generalidad de las gentes lo ignora, y pasa por delante de aquella puerta que encierra tantas miserias, para ir á llamar á otra donde tambien las hay, pero no están desatendidas ni abandonadas.

Verdad es que dar mil reales á un hospital es mas cómodo y fácil que buscar diez familias á quienes socorrer con cien reales; pero esta razon de egoismo no puede tomarse en cuenta para un ejercicio en que todo debe ser celo, trabajo y abnegacion.

¡Dios nos libre de que nadie interprete nuestras palabras como incitatorias á contener los impulsos de la caridad privada tal cual hoy se ejerce por algunos! Todo lo contrario. Lo que queremos es hacerla mas perfecta. Aplaudimos al que lega una manda ó hace un donativo á un establecimiento público de beneficencia; pero aplaudiremos mas, porque encierra caridad mas provechosa, al que ordena distribuir esa manda ó ese donativo entre familias pobres cuidadosamente buscadas, evitando así que tengan que ir á solicitar su ingreso en dicho establecimiento. En el primer caso el donativo no disminuye en un solo número la cifra de los pobres desamparados, en el segundo, sí; y esa disminucion siempre progresiva es el desideratum de las almas generosas que piensan en las miserias de sus hermanos.

Por eso la beneficencia domiciliaria está reconocida como el socorro mas útil y la caridad mas perfecta. Yendo á la casa del pobre, en vez de darle la limosna en la nuestra, se ve mejor la situacion en que se halla: ante las miradas investigadoras del visitador, por poco habituado que esté á tales observaciones, la verdadera miseria ni se oculta ni se exagera. Un duro dado á un pobre, visitándole en su casa, es una limosna de mas seguros resultados que doble cantidad repartida en la calle.

Esto nos conduce inevitablemente á la cuestion tan debatida de la mendicidad. No entraremos ahora en ella de frente, porque merece tratarse con mas detenimiento; pero solo diremos, como pertinente á nuestro objeto, que en esta materia no sostenemos principios absolutos, en que la exgeracion puede ser dañosa al objeto mismo que se protege. Si bien sería de desear que, antes de dar limosna á un desconocido, supiésemos siempre las circunstancias que le hagan digno de recibirla, esto no puede verificarse con el mendigo de la calle, que nos pide una moneda de dos cuartos; y despues de todo, mas vale equivocarse dando alguna vez á quien no lo merezca, que negarse á dar siempre por el temor de incurrir en esa equivocacion.

Pero si esto sucede, y tiene disculpa, en las pequeñas limosnas, no así en los donativos de alguna importancia. El que tenga que distribuirlos, bien por impulso propio ó por mandato de voluntad ajena, si quiere llenar dignamente su mision, en vez de cumplirla en cinco minutos, entregando su importe á un establecimiento público, ó á personas ó agentes oficiales que oficialmente tambien lo han de repartir, tómese el trabajo, que por lo demás es grata tarea, de buscar la miseria en los rincones olvidados en donde se esconde; en esos focos donde siempre hay hambre que satisfacer, frio que abrigar, desnudez que cubrir y desventuras que consolar.

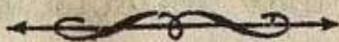
Esto además tiene otra grande ventaja, y es que fomenta las relaciones entre ricos y pobres, y abre á los corazones endurecidos ó indiferentes los horizontes del santo placer, que se encuentra en el ejercicio fervoroso y personal de la caridad.

Bueno es por lo tanto el axioma que encabeza este artículo; buenísimo; y ojalá todos lo observaran en su verdadero y fraternal sentido; pero nosotros, en busca de una mayor perfeccion, é inspirándonos en el interés de los ricos y en el amor de los pobres, le haríamos, para los que le aplican mal, esta modificacion:

Aunque no mires á *quién*
Mira *cómo* haces tú el bien.

Antonio Guerola.

LA CUESTION SOCIAL.



CARTAS Á UN OBRERO.

Carta diez y seis.

Apreciable Juan: En la carta anterior hemos procurado formar-nos idea exacta de lo que es la *asociacion*, y hemos visto que la *socie-*

dad no lo es. No puedes figurarte los males que han venido de confundirlas, y qué de sueños se han querido realizar partiendo de este error. Vistas las ventajas de la *asociacion*, se han tomado en cuenta las que pudiéramos llamar armonías sociales, prescindiendo de los desacuerdos; y al ir á poner en práctica aquel ideal armónico el edificio se ha venido al suelo, porque no tenia por base la verdad. Cuando esas pequeñas *sociedades* dentro de la sociedad han prosperado, es cuando han sido *asociaciones*, cuando han elegido sus individuos, y desechado los que no estaban acordes con su objeto. Pero desde el momento en que tienes que tomar á la humanidad como es, desde el momento en que tu asociacion tiene que recibir al holgazan y al derrochador, al vicioso y al criminal, al estafador y á la prostituta, la armonía no existe, los movimientos acordes cesan, las fuerzas obran en distinto sentido, la fuerza es necesaria contra el que ataca el derecho, y las cosas van mejor ó peor, pero van siempre lejos de ese ideal de perfeccion armónica que te ofrecen, con sus ingeniosas combinaciones, los que te engañan ó se engañan á sí mismos desconociendo la naturaleza humana. Observa lo que pasa á tu alrededor, y sabrás lo que pasa en tu patria y en el mundo todo relativamente á la cuestion que nos ocupa. Entre tus vecinos y conocidos hay personas honradas, y pícaros; hombres laboriosos, y holgazanes; esposas y madres ejemplares, y mujeres livianas; grandes malvados, y ejemplos de virtud rara. ¿Te parece que hay constitucion política, ni organizacion económica que pueda hacer que naturalmente se pongan de acuerdo elementos tan desacordes? No des oídos, Juan, á ese charlatanismo filantrópico y pseudo-científico, que despojado de su oropel y hojarasca, queda reducido á que con partes imperfectas se puede hacer un todo perfectísimo, que el compuesto no participe de la naturaleza de los componentes, que es lo mismo que si te dijeran que tres y tres son ocho.

Cuanto menor sea el número de malos y menos maldad haya en ellos, el mal de la sociedad será menor. ¿Hasta dónde podrá disminuirse? ¿Quién lo sabe! Yo creo que mucho, porque creo en el progreso como en una ley de Dios. Yo veo esta ley en el universo todo, y la siento en mi conciencia, donde halla eco aquella voz divina que nos ha dicho: *Sed perfectos*. No creas, Juan, que este siglo es peor que los otros siglos, ni tú mas perverso que los hombres de las generaciones que te han precedido. Esta idea desconsoladora, tan propia para contribuir al mal que afirma, es errónea; á la luz de la razon me parece absurda, y casi impía ante los resplandores de la fe.

¿Y tantos crímenes? ¿Y tantos horrores? ¿Y tantas abominaciones? No olvido ni disminuyo uno solo, Juan. Todos llegan en forma de

dolores á mi corazon, que siente su magnitud, mas dispuesto á exagerarla que á disminuirla, porque amo á la humanidad, porque con ella siento y con ella sufro, y porque todas sus imperfecciones, que son las mias, vibran en mi alma como otras tantas desdichas. Los tiempos son de lucha; tripulamos un bajel donde se da recio combate. El humo de la pólvora no deja ver el cielo; los gritos de guerra y las blasfemias no dejan oír las plegarias; la brújula y el timon son inútiles; piloto y timonel han empuñado las armas, y se confunden con los combatientes. ¿Quién es capaz de saber en aquel momento si el barco marcha ni á dónde va? Cuando lo recio del combate cese, cuando cada uno vuelva á su puesto, y el piloto se oriente, verá que, aunque poco, algo ha marchado en la direccion del puerto. El mal disminuye; se nota por muchas señales, pero es difícil ver que baja la marea durante la tempestad. En medio del combate estamos; con desencadenada tempestad tenemos que luchar; pero en los breves instantes que nos dejan para tomar aliento, volvamos los ojos á la luz de la verdad, que ninguna nube puede oscurecer completamente, y escuchemos su voz, que ningun grito puede ahogar. La voz de la verdad es severa, pero no aterradora; nos acusa, pero no nos calumnia; nos señala el peligro, pero no nos acobarda; nos infunde temor, pero no nos quita la esperanza, que, como ella, viene de Dios. Ni nuestro siglo es el mas perverso de los siglos, ni nuestra generacion la mas perversa de las generaciones; las futuras le harán justicia, y dirán: *La época mas perversa no es la que se agita y se extravía buscando el bien, sino la que se reposa en el mal.* Los rugidos de las olas embravecidas aterran mas, pero no son mas fatales que las emanaciones invisibles, silenciosas y mortíferas de las aguas estancadas.

Seguramente los progresos morales no corresponden á los materiales; es menos dificultoso perforar las montañas que desencastillar los egoismos; las costas se iluminan mejor que se desvanecen los errores; la palabra llega mas facilmente á los antípodas, que la verdad á los obcecados; y los mares ofrecen menos resistencia que las pasiones. Un descubrimiento hecho en cualquier pais, se aplica inmediatamente á todos los otros. Lo mismo marcha la locomotora y funciona el telégrafo en España que en Inglaterra, en América que en Asia. Pero una forma política, una institucion social, una idea benéfica, realizada en un pais, ¡qué de dificultades, de imposibilidades á veces, para realizarse en otro, y cómo lo que es bueno para un pueblo hace mal al que quiere imitarle imprudentemente! La materia es en todas partes la misma, el hombre varía; y no se pueden importar las virtudes como las locomotoras para las vias férreas. El progreso material se comunica inmediatamente, puede decirse que

vuela sin tardanza por toda la tierra; el progreso moral camina lentamente, y cada pueblo le va asimilando con mas ó menos trabajo, segun sus disposiciones, pero siempre con gran dificultad. Hemos de convencernos de las muchas que tiene que vencer el progreso en el orden moral para no estrañar ni desanimarnos porque sea tan lento. Para un pueblo lo mismo que para un individuo, es mas facil hacerse rico que emplear bien las riquezas; ser sabio que ser santo.

Conviene, Juan, que nos detengamos todavía un momento en esta digresion sobre el progreso, porque debes guardar un medio entre dos extremos igualmente perjudiciales. Unos te hablan de la perversidad humana, cada vez mayor, y que debe conducirnos indefectiblemente al abismo; otros de la perfeccion del hombre, que pintan como un semi-dios, y que para convertir la tierra en un paraiso, no necesita mas que poner en práctica unas cuantas teorías: los primeros producen el desmayo del desaliento ó las orgías de la desesperacion; los segundos llevan á la rebelion del orgullo, á las iras de la soberbia, á los atentados del amor propio convertido en pasion ciega, y todos nos estravían, auxiliándose sin saberlo y sin quererlo, en la tarea desdichada de apartar al hombre de la verdad, y mermar sus fuerzas para la lucha. El desesperado de su porvenir, y el soberbio que quiere imponer su voluntad como ley del presente, por distintos caminos van á caer juntos en la sima de la culpa, ó en las angustias de la impotencia.

No escuchemos á los que nos dicen *todo* ni á los que nos dicen *nada*; oigamos la voz de nuestra conciencia, penetremos en nosotros mismos, donde hallaremos cosas malas y cosas buenas, á veces cosas viles y á veces cosas sublimes. Seamos humildes recordando lo bajo que hay en nosotros; seamos dignos viendo lo que en nosotros hay elevado. Este conocimiento de nosotros mismos hará que no nos desvanecemos con esperanzas locas, ni nos desalentemos con terrores vanos; y nos dará la dignidad modesta y perseverante, que necesita cada hombre para alcanzar la mayor suma posible de bien, y la humanidad entera para realizar sus altos destinos.

Para saber si la humanidad progresa, te harán largas relaciones de aumento de riqueza, y fabulosos relatos de los istmos abiertos á la navegacion, de las montañas perforadas, de la tierra que abre sus entrañas, y de los mares que dicen al abismo: deja pasar la palabra del hombre. Todo esto es grande y bello, ciertamente, pero con todos estos adelantos podria no haber progreso. Yo tengo otra medida para apreciarle; yo les pregunto á los hombres: *¿os amais mas que vuestros antepasados se amaban?* Si me responden que no, retrógrados son ó estacionarios; si me responden que sí, han progresado. La obe-

diencia á la ley de amor, esta es la medida del progreso; las demás cosas no tienen mas que una importancia secundaria.

Partiendo de esta verdad, que es para mí evidente, leo la historia, veo que los hombres se aman mas cada vez, y concluyo de aquí que la humanidad progresa. ¿Y la guerra? dicen los que lo niegan. ¿Cuándo se ha visto una mortandad tan horrible como en la guerra franco-prusiana? ¿No es esto retroceder á la barbarie? ¿Dónde está el progreso?

Podria responder que la guerra es un hecho social, que tiene su valor, pero no único ni absoluto; que una sociedad, como un hombre, no se puede juzgar por una accion, sino por el conjunto de todas las de la vida; y que para pesar los merecimientos del mundo moderno, si en un lado de la balanza se pone el crimen de la guerra, del otro deben echarse las virtudes de la paz. Pero no quiero usar de mi derecho; prescindo de los poderosos argumentos que me ofrecen tantas instituciones humanitarias, tantos establecimientos benéficos, tantas legiones de criaturas consagradas á consolar el dolor bajo todas sus formas, como presentan los pueblos modernos, y de que no tenian idea los antiguos. Podria preguntar á esa Edad media qué hacia de sus niños espósitos, de sus enfermos, de sus miserables, de sus encarcelados, de sus débiles todos, y arrojar la verdad de su respuesta, como un argumento sin réplica, al rostro de los que faltan dos veces á la justicia, calumniando á su siglo, y suponiendo en otros una perfeccion imaginaria.

No quiero hacer uso de ninguna de estas legítimas armas; acepto la guerra como si fuera el único hecho por donde puede medirse la moralidad y el progreso de los pueblos; y enfrente de esas máquinas poderosas de destruccion, de esas nubes de fuego y de esos campos, cubiertos en minutos de muertos, heridos y moribundos, afirmo el progreso.

Ante todo, Juan, es preciso no equivocarse la *guerra* con el *combate*: Es de ley natural que dos pueblos lo mismo que dos hombres, desde el momento que llegan á las manos, hagan á su enemigo todo el daño necesario para impedir que él los dañe, que en lo recio de la refriega suele ser todo el daño posible. La moralidad de dos combatientes, sus buenos sentimientos, han de juzgarse por lo que han hecho por evitar la lucha, por los móviles y propósitos que á ella los conducen; por el uso que hacen de la victoria, y cómo tratan al enemigo vencido; porque pretender que durante la pelea no den tan duro y tan recio como puedan, es intentar una cosa insensata, que no podrá realizarse, mientras el hombre tenga el instinto de la propia conservacion. Teniendo esto muy presente, prosigamos.

La guerra en las sociedades antiguas y en la Edad media, era un estado permanente; en el mundo moderno, es un estado excepcional.

La guerra en las sociedades antiguas, era un recurso; en los pueblos modernos, es una calamidad.

La guerra en las sociedades antiguas, era casi el único medio de comunicacion, la única manera de influir y modificarse mutuamente; en los pueblos modernos interrumpe las comunicaciones, los aísla, ofrece obstáculos á la influencia que unos ejercen sobre otros.

La guerra en las sociedades antiguas era de esterminio, arrasaba las ciudades, inmolaba los habitantes, destruía los imperios; la guerra en los pueblos modernos es destruccion, pero no esterminio, deja en pie las ciudades y los reinos, y terminado el combate respeta la vida de los enemigos.

La guerra en las sociedades antiguas no tenia ley moral ni freno, seguía las inspiraciones de la ira y de la venganza; la guerra en los pueblos modernos tiene leyes, y el honor y la humanidad no levantan su voz en vano.

Hoy los combates son mas sangrientos; pero como las campañas son mas cortas, la guerra hace menos víctimas y produce menos estragos materiales.

Esto en el orden material; en el moral el progreso es tal que sirve de consuelo al ánimo afligido por el espectáculo de tantos horrores. El grito del mundo antiguo era *¡ay de los vencidos!* El del mundo moderno es: *¡Los enemigos heridos son hermanos!* La muerte del vencido era un derecho, el cautiverio una gracia, el rescate un privilegio. Hoy se cura en el mismo hospital el vencedor y el vencido; la vida del prisionero es sagrada; se le cuida y se le atiende con humanidad; y si en la última guerra han sufrido cruelmente, fue mas por imposibilidad material, á causa de su extraordinario número, que por falta de buen deseo.

En la guerra, que antes era todo ira, odio y venganza, hay ahora perdon y amor así que cesa el combate. ¿Te parece pequeño progreso? ¡Y cuán inmenso y consolador es el que ofrecen los pueblos que no toman parte en la lucha! En el mundo antiguo, enemigo y extranjero eran lo mismo; no habia mas que una palabra para expresar cosas que son hoy tan diferentes; acabas de ver á las naciones mandar sus hijos y sus tesoros al campo de batalla extranjero. No ha habido pueblo civilizado que no envíe el tributo de su amor y las lágrimas de compasion á la lucha sangrienta; apenas se han abierto las puertas de París hambriento, han entrado los convoyes de comestibles que le envía Londres; hay una institucion bendita

que nació ayer, que es ya grande, que en breve será inmensa, y que se llama *la caridad en la guerra*, es decir, el amor enfrente del odio, el bien enfrente del mal. Es de ley divina que cuando el mal y el bien se ponen enfrente, el bien acaba por vencer; la caridad triunfará de la guerra: lo difícil, lo que parecia imposible, era que entrase en ella; pero habiéndose abierto paso hasta las entrañas de la fiera, concluirá por encadenarla. ¿Qué importa el fusil de aguja, el Chassepot ni las ametralladoras? La guerra no sale de los parques ni de los arsenales, sino del corazon del hombre; y el día en que los pueblos se amen, las armas, perfeccionadas ó no, poco importa, caerán de sus manos.

Ya lo ves, Juan, aun en la guerra, aun en ese movimiento de ira, que es la ocasion mas desfavorable para juzgar á los pueblos como á los hombres, aun en la guerra hay progreso, porque hay aumento de amor, disminucion de odio, y perdon en lugar de venganza.

No calumniar el pasado ni desesperar del porvenir, me parece un punto de partida necesario para ver con claridad y obrar con justicia en el presente: esta es la razon por que he insistido en afirmar la ley del progreso, y en recordarte la virtud de la esperanza, que no en vano se ha puesto al lado de la caridad y de la fe.

Concepcion Arenal.

LA CARIDAD EN ACCION.



Juan Maynard.

Por los meses de otoño de 1867, un buque de vapor se dirigia hácia la costa occidental de Francia, y en alta mar se declaró un incendio en la cala del barco.

Los pasajeros se informan del siniestro; la desesperacion se apodera de su alma; los unos gritan, los otros ayudan á los marineros á combatir el incendio: todo es inútil; el fuego toma proporciones colosales, y la sombra de la muerte se proyecta sobre aquella mísera embarcacion, que por una fatal coincidencia hallábase desprovista de lanchas salva-vidas.

Entretanto el piloto Juan Maynard, anciano de sesenta años, permanece en su puesto, al parecer tranquilo.

—¿A qué distancia estamos de la costa? le preguntan los viajeros.

—A siete millas.

—¿Cuánto tiempo necesitamos para llegar?

—Tres cuartos de hora, navegando con velocidad.

El capitán aconseja entonces á los pasajeros que se reúnan en la proa; y queda solo Juan Maynard junto al timón, rodeado por las llamas, que le sofocan y amenazan.

El capitán desde la proa le grita con la bocina:

—¡Juan Maynard!

—Presente, mi capitán.

—¿Diriges el timón?

—Sí.

—Guíanos al Sudoeste, para arribar mas pronto.

Pasaron algunos instantes de angustia y ansiedad; al cabo de ellos el capitán añade:

—Si puedes sostenerte cinco minutos mas, nos salvamos.

—Me sostendré, si Dios quiere, contesta el formidable anciano.

Sus cabellos blancos ardian; una de sus manos estaba quemada; pero trabajaba desesperadamente con la otra y con los dientes.

Cinco minutos despues la tripulación y los viajeros saltaban en tierra; y Juan Maynard caía abrasado junto al timón. Había dado su vida por la de los demás.

Los periódicos de aquella época relataron el caso heroico con asombro y aplauso. Y LA VOZ DE LA CARIDAD ha querido inaugurar esta nueva sección de la revista, que para mas amenidad y útil enseñanza ofrece á sus lectores, con estos rasgos de sublime abnegación, tan dignos de hallar eco en sus páginas, destinadas á registrar y promover todos los sentimientos nobles y las acciones generosas.

Carlos Maria Perier.

Caridad de unas modistas.

En un gran taller de modas, dirigido por Mr. Pingat, en la calle de Luis el Grande, en París, trabajaba hacia algun tiempo una joven oficiala, que se hacia notar por su asiduidad y por la dulzura de su carácter. No era, sin embargo, feliz, porque estando su marido ciego, sobre ella sola pesaban todas las obligaciones de su casa, que mantenía con el escaso producto de su trabajo. Su penosa situación era solo conocida de algunas de sus compañeras, que habiéndosela comunicado á las demás, hicieron nacer en el ánimo de todas una idea generosa, que realizaron del modo siguiente. Era sábado, día de cobrar el salario de la semana: enviaron á la pobre obrera con un pretexto cualquiera, y en su ausencia abrieron una suscripción que produjo en el acto ciento doce francos, á los cuales añadió el jefe del establecimiento veinte mas; llamaron á su pobre compañera, enseñándole aquella suma y diciéndola que todo era suyo. Imposible sería describir el asombro, la alegría, la gratitud de la infeliz socorrida tan inesperada como generosamente. Lágrimas abundantes inundaban sus mejillas, mientras estrechaba con efusión las manos caritativas de sus compañeras que la rodeaban, y á quienes no sabía cómo demostrar su reconocimiento. Al fin se separaron llenas de ese júbilo que inunda el alma despues de una buena acción.

P. T.

EL EXPOSITO.

En el pecho mercenario
De una mujer sin cariño
Se alimenta un pobre niño
Por precio de vil salario.

El seno aquel no palpita;
Aquel labio no le alienta;
Ni el regazo aquel calienta,
Ni aquel canto penas quita.

Víctima infeliz en todo
De la contraria fortuna,
En vez de abrigada cuna
Tuvo para cuna el lodo.

No sintió jamás el beso
De los labios maternales,
Que el carmin de los rosales
Deja en la mejilla impreso.

Hambriento, solo, aterido,
Entre míseros andrajos,
Comenzaron sus trabajos
Desde su primer vagido.

Su manecilla inocente
Se agitó por el vacío;
Y hambre, soledad y frío
Se pintaron en su frente.

Desdicha fué su nacer,
Y un milagro su vivir.
¿Para qué al mundo venir,
Ludibrio del mundo á ser?....

Una mano de clemencia
(Caridad la conducía)
Cogió al niño que moría,
Y salvó aquella existencia.

Un ángel miró la mano;
Sonrió; escribió gozoso;
Y lo escrito, presuroso
Llevó al trono soberano.....

Entre empolvados cristales
Halló el infante un asilo;
Suele ya dormir tranquilo
En sus rústicos pañales;

Y en el pecho mercenario
De una mujer sin cariño
Se alimenta el pobre niño
Por precio de vil salario.

Pero no ha sentido *el beso*
De los labios maternales,

Ni el carmin de los rosales
Lleva en su mejilla impreso.

Irá, pobre vagabundo
Exhalando ayes dolientes,
Y, fábula de las gentes
Caminará por el mundo.

Si pregunta con qué nombre
Entre los hombres se sienta,
Sitio no hay para su afrenta
En los festines del hombre.

Si el amor su pecho ensancha
Y su ardiente anhelo fija,
Pronto un padre dirá «hija,
El amor de ese hombre mancha.»

Si aguda ambicion le hiere,
Verá su laurel marchito,
Porque al hijo del delito
Cuanto se le acerca, muere.

Y sin consejo en la duda,
Sin apoyo en la caída,
Triste ó criminal su vida,
Por senda escabrosa, ruda,

La arrastrará. Los demás,
A su paso alzando valla,
Le gritarán unos «calla,»
Y otros le dirán «atrás.»

Hasta que en su triste anhelo,
Tal vez á su fin cercano,
Halle quien le diga, «hermano,
Nuestro Padre está en el cielo.

Como juego de la suerte,
Ni cuna al nacer tuviste,
Ni deudo alguno te asiste
En el umbral de la muerte.

Pero hay un Dios que te mira,
Que al verte desconsolado,
Aquí me envia á tu lado
Con esta cristiana lira.

Cantemos al Dios con ella,
Que en pobre pesebre nace;
Al Dios que fulgurar hace
Sobre el pesebre una estrella.

Cantemos á Dios, que alcanza
En los profundos dolores
A hacer que luzcan mayores
Los rayos de la esperanza.

Cantemos á Dios; implora
Al que clavado en cruz dijo:
El que padece es mi hijo;
Bendito será el que llora.»

Cárlos Maria Perier.